

punto se agitaron, y el caos quedó hecho pasto de los horrores del odio y del amor. En su seno enteramente revuelto, rodaban con impetu los torrentes de materia, estrellándose unos contra otros: las partes similares alternativamente atraídas y repelidas, se reunieron por fin, y formaron los cuatro elementos, que al cabo de nuevos combates, produjeron especies informes, y seres monstruosos, reemplazados despues por cuerpos, cuya organizacion era mas perfecta.

De este modo salió el mundo del caos, y del mismo modo volverá á él: porque lo que es compuesto tiene principio, medio, y fin. Todo se mueve, y dura mientras el amor hace una sola cosa de muchas, y el odio hace muchas de una sola: todo se para y descompone cuando dejan de balancearse estos dos principios contrarios. Este paso recíproco del movimiento al reposo, de la existencia de los cuerpos á su disolucion, tiene sus intervalos periódicos. Dioses y genios en los cielos, almas particulares en los animales y en las plantas, y una alma universal en el mundo, conservan el movimiento y la vida en todas partes. Estas inteligencias, cuya esencia consiste en un fuego purísimo y sutilísimo, están subordinadas al Ser supremo, como un coro de músicos lo está á su corifeo, y un ejército á su general; pero como emanan de

aquel Ser, la escuela de Pitágoras les da el nombre de sustancias divinas; y de aquí vienen aquellas expresiones que suelen usar: « que el « sabio es un Dios: que la divinidad es el espíritu « tu y el alma del mundo: que ella penetra la « materia, se incorpora con ella y la vivifica. » Guardaos de inferir de aquí que la naturaleza divina está dividida en una infinidad de partecillas; pues Dios es la misma unidad, y aunque se comunica, no se parte.

Dios reside en lo mas alto de los cielos; y como ministros de su voluntad, los dioses inferiores presiden á los astros, y los genios á la tierra, igualmente que al espacio que la rodea inmediatamente. En las esferas cercanas á la morada de Dios, todo está bien, todo está en el orden; porque los seres mas perfectos se hallan cerca de su trono, y obedecen ciegamente al destino, quiero decir, á las leyes que el mismo Dios ha establecido. El desorden se empieza á notar en los espacios intermedios; y en la region sublunar prevalece enteramente el mal sobre el bien, porque aquí es donde cayó el sedimento y la hez de todas aquellas sustancias que los choques multiplicados del odio y del amor, no pudieron perfeccionar. En esta region hay cuatro causas principales que influyen en nuestras acciones, y son Dios, nuestra voluntad, el destino y la fortuna: Dios, porque cuida de no-

sotros; nuestra voluntad, porque deliberamos antes de obrar; el destino y la fortuna, porque muchas veces los acontecimientos conformes ó contrarios, al parecer, á las leyes establecidas, trastornan nuestros proyectos.

Nosotros tenemos dos almas, una sensitiva, grosera, corruptible, perecedera, y compuesta de los cuatro elementos; y otra inteligente, indisoluble, y emanada de la misma divinidad. No hablaré sino de esta última, diciendo que establece las relaciones mas íntimas entre nosotros, los dioses, los genios, los animales, las plantas y todos los seres, cuyas almas tienen el mismo origen comun que las nuestras; de manera, que la naturaleza animada y viviente, no formamos que una misma familia, de que Dios es el gefe.

En esta afinidad se funda el dogma de la metempsicosis, que hemos recibido de los Egipcios; que algunos admiten con varias modificaciones, y al que Empédocles creyó conveniente mezclarle las ficciones de la poesía.

Esta opinion supone el pecado, el castigo, y el restablecimiento de las almas. El número de ellas es limitado; y su destino vivir felices en alguno de los planetas. Si cometen culpas, quedan proscriptas y desterradas á la tierra, donde condenadas á envolverse en una materia grosera, pasan continuamente de un cuerpo á otro, padeciendo las calamidades anexas á todas las

condiciones de la vida, sin poder sufrir su nuevo estado, y con la desgracia de no olvidar su dignidad primitiva. Luego que la muerte rompe los lazos que las unen á la materia, las toma uno de los genios celestiales, y las conduce á los infiernos: á las que se amancillaron con crímenes atroces, las entrega por cierto tiempo á las Furias; y á las que han permanecido en el camino de la justicia, las traslada á los astros. Pero muchas veces los decretos inmutables de los dioses, sujetan á unas y á otras á las mas duras pruebas, durando su destierro y peregrinaciones miles de años, hasta que por su conducta arreglada hayan merecido volver á reunirse á su autor, y participar en cierto modo con él de los honores de la divinidad.

Empédocles describía los tormentos, que decía haber experimentado él mismo, de esta manera: «Yo he aparecido sucesivamente en forma «de un joven, de una muger, de una planta y «de un pez. En una de estas trasmigraciones, «anduve errante como un fantasma ligero por «los espacios de los cielos; pero á poco caí precipitado al mar, fui arrojado á la tierra, lanzado al sol, y vuelto á lanzar á los torbellinos «de los aires. Dando horror á los demas y á mí mismo, me arrojaban de sí los elementos, «como un esclavo que se ha huido de la presencia de su señor.»

Concluyó Meton, diciendo que la mayor parte de estas ideas eran las mismas que tenían los discípulos de Pitágoras; pero que Empédocles había sido el primero que supuso la destrucción y reproducción alternativa del mundo: el que estableció los cuatro elementos como principios, y los puso en acción con la ayuda del amor y del odio.

Convengamos, me dijo entonces Anaxarco riéndose, en que Demócrito tenía razón de decir que la verdad está encerrada en un pozo de una profundidad inmensa. Convengamos también, le repliqué yo, en que la verdad se quedaría atónita si viniese á la tierra, y principalmente á la Grecia. En ese caso, añadió Euclides, se volvería á ir corriendo; pues nosotros la tomaríamos por el error.

Los sistemas mencionados son concernientes al origen del mundo; y por lo que hace al estado de nuestro globo después de su formación, y á las revoluciones que ha padecido hasta ahora, no están menos discordantes las opiniones. El mundo, dijo Anaxarco, estuvo mucho tiempo sumergido bajo las aguas, hasta que evaporándose parte de ellas por el calor del sol, se descubrió la tierra; quedando sobre su superficie el limo, del que puesto en fermentación por el mismo calor, sacaron su origen las diversas especies de animales y de plantas, de lo cual te-

nemos todavía un ejemplo notable en Egipto; donde después de la inundación del Nilo, las materias que quedan en los campos, producen una infinidad de animalillos. Yo dudo de eso, repliqué entonces: ese hecho me le contaron en la Tebaida, y nunca pude verificarlo. Nosotros, dijo Euclides, no tendríamos reparo en admitirle, pues no atribuimos otro origen á ciertas especies de peces, que el fango y arenas del mar.

Anaxarco continuó: he dicho que en la serie de los siglos se disminuyó por la acción del sol el volumen de las aguas que cubrían la tierra; y como subsiste siempre la misma causa; vendrá tiempo en que el mar se agote enteramente. Me parece seguramente, dijo Euclides, que oigo á Esopo contar á su piloto la fábula siguiente: Caribdis ha abierto dos veces su enorme boca, y dos veces se han precipitado en su seno las aguas que cubrían la tierra: la primera vez se descubrieron los montes, la segunda las islas, á la tercera desaparecerá el mar. ¿Cómo ha podido ignorar Demócrito que si el calor del sol atrae una gran cantidad de vapores, estos se convierten luego en lluvias, vuelven á caer sobre la tierra, y van con rapidez á restituir al mar lo que este había perdido? ¿No confesais vos, dijo Anaxarco, que los campos cargados hoy de mieses, estaban escondidos en otro tiem-

po debajo de las aguas? Pues una vez que el mar ha tenido que abandonar estos parages, sin duda habrá disminuido de volumen. Si en algunos lugares, respondió Euclides, la tierra ha quedado descubierta de las aguas, en otros ha sucedido lo contrario.

Iba á insistir Anaxarco; pero tomando yo la palabra dije á Euclides: ahora comprendo por qué se hallan conchas en los montes, y en el seno de la tierra, y peces petrificados en las canteras de Siracusa. El mar tiene un movimiento lento y sujeto á reglas, que le hace recorrer sucesivamente todas las regiones de nuestro globo; de manera que algun dia sumergirá sin duda á Atenas, á Lacedemonia, y á las mayores ciudades de la Grecia. Si esta idea no es lisonjera para las naciones que cuentan con la eternidad de su fama, á lo menos recuerda aquellas asombrosas revoluciones de los cuerpos celestes, de que me hablaban los sacerdotes egipcios. ¿Sabeis si está determinada la duracion de las del mar?

Vuestra imaginacion se acalora, me dijo Euclides: sosegaos. El mar y el continente, segun nosotros, son como dos grandes imperios, que nunca mudan de lugar, y solamente se disputan la posesion de algunos cortos paises limitrofes. Unas veces se ve precisado el mar á ceñir sus límites, á causa del limo y arenas que los rios

acarrean entre sus aguas; y otras los dilata por la accion de sus olas, y por otras causas que le son extrañas. Los terreros formados en las embocaduras de los rios, han prolongado el continente en la Acarnania, en la playa de Ilion, cerca de Efeso, y de Mileto.

Cuando yo pasé, le dije, por la laguna Meotis, me dijeron que los depósitos que deja diariamente el Tanais, habian levantado tanto el fondo de esta laguna, que los barcos que navegaban en ella de algunos años acá, eran menores que en otro tiempo. Yo, me respondió Euclides, puedo citaros un ejemplo mas patente: aquella parte de Egipto, que se extiende de norte á mediodia, desde el mar á la Tebaida, es obra y dádiva del Nilo. En aquel mismo sitio habia en tiempos antiguos un seno que se extendia en una direccion casi paralela á la del mar Bermejo, y el Nilo lo ha cegado con las capas de limo, que deja allí todos los años, de lo cual es facil convenecerse, no solamente por las tradiciones de los Egipcios, por la naturaleza del terreno, por las conchas cual se hallan en los montes que hay mas arriba de Menfis*, sino tambien porque está probado que el suelo actual del Egipto, á pesar de estar mas levantado, no ha llegado todavia

* Los antiguos creian que una gran parte de Egipto era obra del Nilo. Los modernos están divididos en esto.

al nivel de las regiones vecinas. En efecto, Sesostris, Necos, Darío y otros principes que intentaron hacer canales de comunicacion entre el mar Bermejo y el Nilo, hallaron que la superficie de aquel mar estaba mas alta que la del terreno de Egipto.

Aunque el mar se deja tomar en sus fronteras, alguna porcion de sus dominios, tambien se indemniza de cuando en cuando con lo que usurpa á la tierra. Sus esfuerzos continuos le abren repentinamente paso al traves de los terrenos, que estaba minando ocultamente; y así es, como segun parece ha separado de la Italia la Sicilia, de la Beocia la Eubea; del continente vecino, otras muchas islas; y así es como la repentina irrupcion de sus olas ha tragado vastas regiones. Estas horrendas revoluciones no se encuentran en nuestros historiadores, porque la historia no contiene mas que algunos momentos de la vida de las naciones; pero á veces han dejado vestigios indelebles en la memoria de los pueblos.

Id á Samotracia, y sabreis que las aguas del Ponto Euxino, contenidas por largo tiempo en un lago sin salida, y acrecentadas continuamente con las de la Europa y el Asia, forzaron el paso del Bósforo y del Helesponto, y precipitándose impetuosamente en el mar Egeo, dilataron sus limites á expensas de las riberas que le rodeaban. Las fiestas establecidas en la isla,

atestiguan todavía la desgracia que amenazó á los antiguos habitantes, y el beneficio de los dioses en librarlos de ella. Consultad la mitologia: notad los trabajos de Hércules, que se han querido confundir con los de la naturaleza, y decidme: ¿si aquel Hércules, separando la Europa de la Africa, no da á entender que el mar Atlántico destruyó el istmo que unia estas dos partes de la tierra, y se derramó en el mar interior?

Otras causas han concurrido á multiplicar estos funestos y prodigiosos efectos. Mas allá del estrecho de que acabo de hablar, habia, segun dicen las tradiciones antiguas, una isla tan grande como el Asia y Africa, la que juntamente con sus infelices habitantes la sumergió un terremoto en los abismos profundos del mar Atlántico. ¡Qué de regiones sumergidas por las aguas del cielo! ¡Qué de veces los vientos impetuosos han trasportado montes de arena á llanuras fértiles! El aire, el agua y el fuego, parecen estar conjurados contra la tierra: sin embargo, estas terribles catástrofes que amenazan al mundo entero con una ruina próxima, apenas conmueven algunos puntos de la superficie de un globo, que no es mas que un punto del universo.

Acabamos de ver el mar y el continente despojándose uno á otro por derecho de conquista,

y por consiguiente á expensas de los desgraciados mortales. Las aguas, que corren ó están estancadas sobre la tierra, no alteran menos su superficie; pues sin hablar de los rios, que llevan alternativamente la abundancia y la desolacion á un pais, debemos observar, que en diversas épocas el mismo pais está sobrecargado, ó suficientemente provisto, ó absolutamente desprovisto de las aguas que necesita. En tiempo de la guerra de Troya, habia en las inmediaciones de Argos un terreno pantanoso, y pocos brazos para cultivarlo; mientras en el territorio de Micenas, que encerraba todavía todos los principios de la vegetacion, habia ricas cosechas, y una numerosa poblacion; pero habiendo el calor del sol absorbido por ocho siglos la humedad superflua del primero y la necesaria del segundo, ha esterilizado los campos de Micenas, y fecundado los de Argos.

Lo que la naturaleza ha hecho allí en pequeño, lo ejecuta en grande en toda la tierra, despojándola por medio del sol, y continuamente de los jugos que la fertilizan; y como al cabo la dejaria exhausta, envia diluvios de tiempo en tiempo, que al modo de los grandes inviernos, reponen en poco tiempo las pérdidas que ciertas regiones han tenido en una larga sucesion de siglos. Esto es lo que indican nuestros anales, donde vemos los hombres sin duda escapados

del naufragio de su nacion, establecerse en las alturas, construir diques, y dar salida á las aguas estancadas en las llanuras. Así es como en los tiempos mas remotos, un rey de Lacedemonia recogió en un canal las que cubrian la Laconia, é hizo correr el Eurotas.

Segun estas observaciones, podemos presumir que el Nilo, el Tanais, y todos los rios que se llaman eternos, eran al principio unos lagos que formaron en las llanuras estériles, las inundaciones repentinas; y despues los obligó la industria de los hombres, ó alguna otra causa, á abrirse un camino por entre las tierras. Debemos presumir tambien, que los rios dejaron sus madres, cuando algunas nuevas revoluciones los forzaron á difundirse por parages que hoy están áridos y desiertos. Tal es, segun Aristóteles, la distribucion de las aguas, que la naturaleza concede á las diferentes regiones de la tierra.

¿ Pero en dónde las tiene depositadas antes de manifestarlas á nuestra vista? ¿ En dónde ha puesto el origen de las fuentes y rios? Unos dicen que ha formado inmensos receptáculos en las entrañas de la tierra, adonde van á parar en gran parte las aguas del cielo; y de allí manan con mas ó menos abundancia y continuacion, segun la capacidad del vaso que las contiene. Pero responden otros, ¿ qué espacio hay que

pueda contener jamas el volumen de agua que llevan en un año los rios caudalosos? Haya en hora buena concavidades soterraneas para el sobrante de las lluvias; pero como estas no serian suficientes para dar el agua que llevan los rios y las fuentes, reconocemos que en todo tiempo y lugar, el aire, ó mas bien los vapores de que está cargado, condensados por el frio, se convierten en agua en el seno de la tierra, y en su superficie, como se mudan en lluvia en la atmósfera. Esta operacion se hace todavía mas fácilmente sobre los montes, porque su superficie detiene una cantidad prodigiosa de vapores; y así se ha observado, que los mayores montes dan origen á los mayores rios.

Habiéndose despedido Anaxarco y Meton de Euclides, me quedé yo, y le supliqué me comunicase algunas de sus ideas sobre aquel ramo de fisica, que considera en particular la esencia, las propiedades, y la accion recíproca de los cuerpos. Esta ciencia, respondió Euclides, tiene alguna conexion con la adivinacion; pues la una se propone manifestar la intencion de la naturaleza en los casos ordinarios; y la otra la voluntad de los dioses en los sucesos extraordinarios; pero las luces de la primera disiparán tarde ó temprano las imposturas de survival. Vendrá tiempo en que los prodigios que asustan al pueblo, se pongan en la clase de las cosas natu-

rales, y en que su actual ceguedad será lo único que se mire como una especie de prodigio.

Siendo infinita la variedad de los efectos de la naturaleza, y sus causas infinitamente oscuras, la fisica no ha producido hasta ahora mas que opiniones; y acaso no hay verdad que no haya traslucido, ni absurdo que no haya dicho. Deberia pues ceñirse por ahora á la observacion, y dejar la decision á los siglos siguientes. Sin embargo apenas ha salido de la infancia, cuando muestra ya la indiscrecion y presuncion de una edad mas avanzada, corriendo por el campo en lugar de ir poco á poco; y á pesar de las reglas severas que ella misma se ha prescripto, todos los dias levanta sistemas, fundados en meras probabilidades, ó en frivolas apariencias.

No referiré lo que han dicho las escuelas acerca de cada fenómeno que llama nuestra atencion. Si me detengo en la teoria de los elementos, y en la aplicacion que se ha hecho de ella, es por parecerme que no hay nada que dé idea mas cabal de la sagacidad de los filósofos griegos. Importa poco que sus principios estén bien ó mal fundados; acaso algun dia serán notados de no haber tenido nociones exactas sobre la fisica, pero á lo menos no se negará que se han extraviado como hombres de ingenio.

¿Podian los primeros fisicos que se dedicaron

á conocer los principios constitutivos de los seres sensibles, lisonjearse del éxito? El arte no suministraba medio alguno para descomponer estos seres: pues la division, á cualquier punto que se lleve, no presenta á la vista, ó á la imaginacion del observador, mas que superficies de mayor ó menor extension: no obstante, al cabo de muchas tentativas se creyó percibir, que ciertas sustancias se resolvian en otras sustancias; y de aquí se fué deduciendo sucesivamente, que habia en la naturaleza cuerpos simples y mixtos: que los últimos eran el resultado de las combinaciones de los primeros; y por último, que los cuerpos simples conservaban en los mixtos las mismas propiedades que tenian antes. Con esto quedó abierto el camino, y pareció esencial estudiar ante todo la naturaleza de los cuerpos simples. Referiré algunas observaciones que se han hecho sobre esta materia, las que debo á Aristóteles.

La tierra, el aire, el agua y el fuego, son los elementos de todos los cuerpos; y así todo cuerpo puede resolverse en algunos de estos elementos.

Siendo los elementos cuerpos simples, no pueden dividirse en otros de distinta naturaleza; pero se engendran mutuamente, y se mudan continuamente el uno en otro.

No es posible determinar con puntualidad cuál

es la combinacion de estos principios constitutivos en cada cuerpo; y así no es mas que una conjetura lo que dijo Empédocles de que un hueso se compone de dos partes de agua, dos de tierra, y cuatro de fuego.

No conocemos mejor la figura de las partes integrantes de los elementos, habiendo salido vanos los esfuerzos de los que han intentado determinarla. Para explicar las propiedades del fuego, unos han dicho que sus partículas deben tener la figura piramidal, y otros que deben ser esféricas. La solidez del globo que habitamos, ha sido motivo de que hayan dado la figura cúbica á las partes del elemento terrestre.

Los elementos tienen en sí mismos un principio de movimiento y de quietud que está inherente á ellos: el cual principio obliga al elemento terrestre á reunirse hácia el centro del universo; al agua á elevarse sobre la tierra; al aire sobre el agua; y al fuego sobre el aire. Así es que la gravedad positiva, y sin mezcla de levedad, pertenece solamente á la tierra; y la levedad positiva, y sin mezcla de gravedad, al fuego solamente: los dos elementos intermedios, el aire y el agua, tienen con relacion á los otros, una gravedad ó levedad relativas, pues son mas leves que la tierra, y mas graves que el fuego. La gravedad relativa se desvanece cuando el elemento que la tiene baja á una region infe-

rior á la suya; y así es como el aire pierde su gravedad en el agua; y el agua en la tierra.

¿Segun eso, dije yo á Euclides, parece que creéis que el aire es grave? No se puede dudar, respondió, dado que un odre hinchado pesa mas que cuando está vacío.

Los cuatro elementos poseen cuatro propiedades esenciales, que son frío, calor, sequedad y humedad. Las dos primeras son activas; y las otras dos pasivas. Cada elemento tiene dos de ellas: la tierra es fría y seca; el agua fría y húmeda; el aire cálido y húmedo; el fuego seco y cálido. La oposición de estas calidades, ayuda á las miras de la naturaleza, que obra siempre por contrarios, y así es que son los únicos agentes que emplea para producir todos sus efectos.

Los elementos que tienen una propiedad común, se mudan fácilmente uno en otro, bastando para ello destruir en uno ó en otro la propiedad que los diferencia. Si una causa extraña despoja al agua de su frialdad, y le comunica el calor, el agua será cálida y húmeda; con lo que tendrá las propiedades características del aire, y no se distinguirá de este elemento; y esto es lo que hace que el agua hirviendo se evapore y suba á la region del aire. Si en los lugares altos la priva de su calor otra causa, y le vuelve su frialdad natural, tomará su primera

forma, y volverá á caer sobre la tierra; y esto es lo que sucede en las lluvias. Del mismo modo, si se le quita á la tierra su frialdad natural, se convertirá en fuego; y si se le quita su sequedad, se mudará en agua.

Los elementos que no tienen ninguna calidad común, se trasforman tambien recíprocamente; pero estas mudanzas son muy raras y muy lentas.

En vista de estas aserciones fundadas en hechos ó inducciones, se concibe fácilmente que los cuerpos mixtos deberán ser mas ó menos pesados, segun contengan mas ó menos partes de los elementos que tienen la gravedad positiva ó relativa. Tómense dos cuerpos de igual volumen; si el uno es mas grave que el otro, se inferirá que el elemento terrestre domina en el primero, y el agua ó el aire en el segundo.

El agua se evapora con el calor, y se hiela con el frío; y así, los líquidos sujetos á las mismas vicisitudes, se compondrán por la mayor parte de este elemento. El calor seca y endurece la tierra; y por tanto todos los cuerpos en que obra del mismo modo, estarán compuestos principalmente del elemento terrestre.

De la naturaleza de los elementos ó de sus propiedades esenciales, que, como he dicho, son el calor, el frío, la sequedad y humedad, se derivan, no solamente la gravedad y levedad,

sino tambien la densidad, raridad, la blandura y la dureza, la fragilidad, la flexibilidad, y todas las demas propiedades de los cuerpos mixtos. Por medio de ellas se puede dar razon de las mudanzas continuas de los cuerpos, y explicar los fenómenos del cielo, y las producciones de la tierra. En el cielo los meteoros, en el seno de nuestro globo los fósiles, los metales, etc., no son mas que el producto de las exhalaciones secas, y de los vapores húmedos.

El ejemplo siguiente manifestará mas claramente el uso que se hace de las nociones precedentes. Los físicos estaban discordes sobre la causa de los terremotos: Demócrito, entre otros, los atribuia á las lluvias abundantes, que penetran la tierra, y que en ciertas ocasiones, no pudiendo caber en los vastos receptáculos de agua que supone en lo interior del globo, hacen esfuerzos para salir. Aristóteles, conforme á los principios que he sentado, supone por el contrario que el agua de las lluvias, rarificada por el calor interno de la tierra, ó por el del sol, se convierte en un volumen de aire, que no hallando salida, conmueve y levanta las capas superiores del globo.

Los filósofos antiguos querian saber cómo habian sido hechas las cosas, antes de saber como son. Tenian abierto delante de los ojos el libro de la naturaleza; y en lugar de leerle intentaron

comentarle. Al cabo de largos é inútiles rodeos, se llegó á entender que para conocer los animales, las plantas y demas producciones de la naturaleza, era preciso estudiarlos con una constancia tenaz, de lo cual ha resultado un cuerpo de observaciones, una nueva ciencia, mas curiosa, mas fecunda y mas importante que la física antigua. Si el que se dedica á ella, quiere darme parte de sus vigiliass consagradas largos años al estudio de los animales, debe cumplir con dos obligaciones esenciales; primera la de historiador; segunda la de intérprete.

Como historiador, tratará de su generacion, tamaño, figura, color, alimento, caracter, y propiedades. Cuidará de hacer la descripcion analómica de sus cuerpos, cuyas partes ha de conocer por medio de la diseccion.

Como intérprete debe hacerme admirar la sabiduria de la naturaleza en las relaciones de su organizacion con las funciones de su destino, con el elemento en que han de vivir, y con el principio de vida que los anima; debe mostrármela en el juego de los diversos resortes que producen el movimiento, como tambien en los medios empleados para conservar y perpetuar cada especie.

Por limitado que sea el estudio de los cuerpos celestes y eternos, nos embelesa mas que el de las sustancias terrestres y perecederas, y no